

IMAGINACION Y DEONTOLOGIA EN EL CONTEXTO DE LA GLOBALIZACION

Alberto Moncada

Sirve de algo ser sociólogo para gestionar la propia vida?. No necesariamente. Los sociólogos no estamos vacunados por el oficio para acertar en nuestras decisiones biográficas. Las pasiones nos gobiernan como a cualquier otro hijo de vecino y ni siquiera el saber sistemáticamente las dificultades de la vida en pareja nos impide caer en los errores más comunes al respecto. ¿Y cuando se trata de ayudar a otros con nuestra reflexión, con nuestra experiencia?. Aquí cabe ser algo más optimista porque mucha gente se enfada, o se enfadaba, más de la cuenta por no entender o entender mal el mundo que le rodea.

La imaginación sociológica precede, con mucho, a la existencia de la sociología. Antes de que Comte inventara el término, la gente usaba el sentido común, la experiencia para entender lo que le ocurría, usaba la sociología como el gentilhomme de Moliere hablaba en prosa sin saberlo. En último término, la reflexión sobre nuestra experiencia no puede ser otra cosa que sociológica porque la sustancia de nuestra vida está hecha de relaciones con otros.

La imaginación sociológica, según Wright Mills, nos ayuda a entender nuestra vida al entender lo que sucede a nuestro alrededor. O por decirlo con la frase del filósofo español, Ortega y Gasset, yo soy yo y mis circunstancias.

Sin la imaginación sociológica no resulta fácil entender los hitos de nuestra biografía. La humanidad ha tenido que enfriar mucho sus emociones y sus creencias, sus mitos y sus ensoñaciones para llegar a ese descubrimiento. En el camino hacia tan sencilla, y con frecuencia desoladora, percepción se han quedado las explicaciones que nos daban o nos dábamos sobre nuestros encuentros y desencuentros. “No encuentras trabajo porque eres un vago, porque no buscas suficientemente, porque no aceptas lo que te ofrecen”, es el epíteto que tanta gente joven recibe de personas sin imaginación sociológica cuando el mercado de empleo no les es propicio. Y menos mal que esta condena no suele ir acompañada de otra más rotunda de tiempos pasados: “No encuentras trabajo porque Dios quiere castigar tu indolencia”.

Entender las circunstancias del mercado de empleo puede que no haga más llevadero el trance pero, por lo menos, sirve para que los desempleados no acepten el insulto añadido y se desanimen aún más.

La imaginación sociológica no formaba parte del el currículum escolar, aunque desde hace cien años en Europa y algo menos en nuestro país, los estudiantes de secundaria reciben clases de ciencias sociales y de una historia algo más contemporánea. Claro que las otras pedagogías, la calle, los amigos, lo que uno lee o escucha y la reflexión resultante equipan a las nuevas generaciones para entender las causalidades sociales casi con la misma claridad con la que las ciencias más duras les ayudan a entender las otras causalidades.

Los niños pobres adquieren la imaginación sociológica antes que los niños ricos y, sobre todo, que los de la clase media tradicional que, hace cincuenta, cien años, eran exhortados por las pedagogías oficiales a evitar un pronto encuentro con la dura realidad y a enmascarar ésta. Por el contrario, la literatura picaresca existente en todas las lenguas y culturas nos presentan un variado muestrario de gentes hábiles en la gestión de la pobreza, astutos en las relaciones humanas, lo suficientemente al menos como para averiguar los propósitos que los más poderosos tenían sobre sus vidas y tratar de evitarlos. También los refraneros populares, en sus versiones oral y escrita, contienen ese recetario del que el pueblo ha echado mano para entender el mundo.

La imaginación sociológica es como el currículum invisible de nuestro aprendizaje vital, una maduración progresiva que nos ayuda a defendernos de los poderes más concluyentes. Porque los poderes y sus apéndices ideológicos tratan no solo de gobernar la realidad sino, sobre todo, de imponer su interpretación sobre ella. “El rey gobierna en nombre de Dios”, “El sexo sólo es legítimo dentro del matrimonio”.

De la imaginación sociológica vamos echando mano a medida que maduramos a la vida y, aunque ésta es más sabrosa cuando no la analizamos constantemente, puede resultar desastrosa si prescindimos de ella.

En los dos siglos que van desde la Ilustración, en cuyo seno nació la imaginación sociológica, hasta hoy, la sociología, como las demás ciencias sociales, ha sufrido una evolución cuyas líneas generales conocemos. Una buena parte del discurso sobre la organización y el funcionamiento de la sociedad se ha hecho académico, se ha convertido en currículum universitario. La mayor parte de los sociólogos profesionales se dedican a la enseñanza y la investigación y, al hacerlo, se hacen tributarios de las reglas del oficio académico que subraya la objetividad, la racionalidad e incluso la distancia que el estudioso debe tomar de la realidad que estudia. Esto no era lo que hacían aquellos panfletistas de primera hora que le llevaban la contraria al Antiguo Régimen y trataban de transformar a los súbditos en ciudadanos. Su estilo, su temperamento está en los orígenes de la sociología crítica que aunque también habita en las Universidades se

ubica mejor en la política, en el periodismo, en la acción ciudadana y trata de seguir subvirtiendo el “status quo”.

Si hubiera una regla metodológica que resume lo que los sociólogos deben buscar, escudriñar, esclarecer es, sin duda, cuales son los intereses que se dan cita en el tema que tratamos de entender. Descubrir los intereses en presencia es la mejor manera de averiguar por qué pasa lo que pasa. La imaginación sociológica nos ayuda a desconfiar de las elucubraciones legitimadoras, a pasar por encima, y por debajo, de los discursos e ir al meollo de la cuestión: “*Qui prodes*”, quien se beneficia.

La sociología se ha ido dividiendo, bifurcando como consecuencia de su maduración científica, académica. Como los médicos, los sociólogos hemos ganado en especialización pero no siempre en ojo clínico. Los acontecimientos sociales no obedecen imperativos metodológicos y sus causas se mezclan y superponen. Al tratar de describir causalidades, hay sociólogos, los funcionalistas, que están muy seguros de que la sociedad tiene una estructura cuasi natural y olvidan que la historia ha ido cargándose las naturalezas sociales casi con la misma velocidad a la que sus definidores las afirmaban. La globalización ha acabado con las sociologías nacionales y hoy cada capítulo, cada disciplina sociológica requiere la incorporación de datos relevantes que traspasan las fronteras. También se está produciendo una confluencia con las otras ciencias sociales, la economía, la psicología, la antropología y, sobre todo, la historia para que los sociólogos cumplamos mejor nuestra obligación analítica y docente. Y entonces, cual sería nuestra obligación básica, o por decirlo de otra manera: Tenemos los sociólogos una deontología profesional, un compromiso moral específico?

Cuando la sociología empezó a consolidarse científica y académicamente, sus practicantes tenían cierto temor a que los científicos naturales no les tomaran en serio. Comte, Weber, Durkheim insistían en que había que adoptar una metodología estricta, lo más parecida a la de ellos, cuidando mucho de establecer correctamente las causalidades sociales. Ello fomentó, en cierto sentido, el que los sociólogos más funcionalistas afirmaran que nuestra profesión debe tomar distancia de los fenómenos sociales, no comprometerse personalmente con valores, al menos “qua” sociólogos. Pero los primeros sociólogos no eran así, Saint Simon y gentes parecidas eran una mezcla de panfletistas y racionalistas que criticaban a las instituciones del Antiguo Régimen y querían usar sus averiguaciones precisamente para desterrar las legitimaciones religiosas y carismáticas, postulando una racionalidad social basada en los derechos de los ciudadanos y en la democracia.

En el fondo de la sociología funcionalista, especialmente la que fue adoptada por los parsonianos y exportada a todo el mundo desde el país vencedor en la segunda guerra mundial, late un instinto conservador, propicio a la consolidación del “status quo”. Para ellos la democracia capitalista, tal y como funciona en América, es un modelo ideal que no necesita sino pequeños ajustes. Claro que Marx pronto les contradujo explicando que la sociedad está hecha de conflictos de poder y de intereses y que había que ponerse de parte del cambio, dando argumentos a los que los protagonizan. Así opinaron más recientemente Wright Mills, Bourdieu y otros.

La cuestión vuelve a estar presente cuando se nos quiere imponer otro paradigma conservador, la sabia e inexorable racionalidad del mercado que es un subterfugio para llamar al capitalismo de otra manera como si el mercado fuera libre y no estuviera dominado por los más poderosos, muchos en fraudes y chapuzas, especialmente financieros y fiscales. Thomas Frank, en su reciente libro: “One Market under God” ha explicado con sagacidad las falacias de esa explicación que muchos economistas y no pocos sociólogos se tragan con cierta facilidad aunque sea básicamente pueril. El modelo se basa en el principio del “trickle down”, significando que los gobiernos deben dar dinero y libertades a los ricos que, de alguna manera “misteriosa”, Frank habla de la teología del mercado, terminarán llegando a los pobres. El informe del año 2005 del Population Reference Bureau documenta, entre otros datos sobre carencias comparadas, que la mitad de la población mundial vive con menos de dos euros al día y que la desigualdad básica sigue creciendo.

Muchos sociólogos jóvenes, como muchos periodistas jóvenes, quieren triunfar pronto en la vida, hacerse ricos cuanto antes y a tal fin trabajan para quienes más les pagan, sin hacerse demasiada cuestión sobre las causas a cuyo servicio ponen sus habilidades profesionales. De sobra sabemos que los poderes más concluyentes no quieren que se sepa mucho sobre ellos y alquilan gentes no tanto para explicar cuanto para disfrazar. Para los más poderosos incluso la mejor información es ninguna y la mejor situación, la opacidad de sus asuntos. Sociólogos y periodistas servidores de los poderes colaboran en esos ejercicios de simplificación mediática, “España va bien”, a los que les gustaría acostumbrarnos. Como es sabido, inmediatamente después de los atentados del 11 de septiembre, Bush aconsejó a los neoyorquinos que salieran de compras, como el mejor ejercicio de superación de la tragedia. Quien le soplaría la idea? Un sociólogo amigo?

En el último Congreso de la Asociación Americana de Sociología (Filadelfia, 12 a 16 de Agosto pasado), miembros de Sociólogos sin fronteras tuvimos una conversación muy interesante con partidarios de lo

que ellos llaman Sociología pública que no es sino otra forma de llamar a la sociología crítica. Hablando precisamente sobre deontología, uno de ellos se refirió al libro que recientemente hemos escrito Judith Blau y yo: "Human Rights. Beyond the Liberal Vision" (Rowman&Littlefield, 2004). Judith es la presidenta del capítulo americano de Sociólogos sin fronteras y una mujer muy comprometida, aparte de profesora prestigiosa. En el libro sostenemos que los derechos humanos son la versión última, más completa en la larga historia de las reivindicaciones ciudadanas, especialmente porque tienen que ver no solamente con que se respeten tu propiedad o tus derechos civiles sino con que la sociedad acepte y proteja derechos básicos escasamente reconocidos hoy, en un mundo donde el hambre, la pobreza, la desigualdad y la opresión siguen estando tan presentes. En Sociólogos sin fronteras proponemos que los derechos humanos sean la base de la deontología del sociólogo, de nuestro compromiso moral. En este sentido decíamos que si un sociólogo americano recibe el encargo de analizar si la pena de muerte sirve para combatir el crimen, después de concluir que no, como es obvio, tiene que añadir que, además, es una violación de los derechos humanos. Claro que si el encargo se lo hacen en Texas o en Nevada, o en China o en Kuwait puede que no le contraten más. En cierto momento de la vida hay que elegir entre dar ceba a los poderosos o amargarles la fiesta y si hacemos nuestra la deontología propuesta, nos deberíamos inclinar por la segunda opción, al menos si no estamos muy apretados de dinero. Pero nuestro compromiso deontológico adquiere una nueva perspectiva en esta nueva etapa de la sociedad, caracterizada por la globalización.

La globalización hace posible la circulación de materias, tecnologías y servicios financieros por el planeta entero, transforma la forma de gobernar, crea una nueva clase multinacional y llama la atención de los científicos sociales, primero de los economistas y cada vez más de los sociólogos.

Los sociólogos no quieren ceder a los economistas el análisis ni, por supuesto, los puestos de trabajo correspondientes. Los sociólogos están en minoría respecto a los economistas en los organismos internacionales y quieren mejorar esta situación aunque hasta ahora los poderes les tengan menos confianza. Desde el libro, *Global Sociology*, de Cohen y Kennedy (Palgrave, 2000) hasta hoy han aparecido más de cincuenta libros Algunos son sociológicos, otros económicos, la mayoría mezcla de sociología, economía y politología. Quizás el más preciso sea el de William Robinson, *A Theory of Global Capitalism*, (John Hopkins , 2004) que es una especie de resumen sistemático e histórico a la vez. Para Robinson la globalización es el cuarto capítulo del sistema capitalista que empezó con la caída del régimen feudal europeo y la colonización de América a partir de 1492. Fue

la época del mercantilismo y del primer modelo de acumulación de capital. El segundo capítulo lo constituye la revolución industrial, el desarrollo de la burguesía tenedora del capital y la creación del Estado nación a partir de 1789. El tercer período supone la consolidación del modelo empresarial corporativo en un mercado internacional donde se lucha entre Estados, aparecen las ideologías alternativas, socialistas, al orden establecido y se implanta el Estado bienestar. El capítulo llega casi hasta los años 70 donde empieza el cuarto capítulo, el de la globalización, cuyas características técnicas, la velocidad a la que viajan la información, las personas, las mercancías y el dinero, con ayuda de la informática y la electrónica, permiten una mundialización de la economía y coinciden con el fracaso del socialismo real tanto en Occidente como en el Tercer Mundo, abriendo paso al capitalismo transnacional.

Este capitalismo internacional se ha extendido de tal manera que apenas existen lugares en los que haya otros modos de producción y consumo y se ha intensificado porque está apropiándose zonas que estaban antes fuera de la lógica del sistema. Por ejemplo, los sistemas educativos y de salud que se habían organizado como parte del Estado bienestar para proveer a las necesidades de la gente son ahora funcionales a la obtención de un beneficio para los inversores, es decir, se convierten en mercaderías. La esfera de lo público se ha fragmentado e incluso aquellas funciones del Estado que consisten en vigilar el comportamiento de los actores económicos han visto reducidas sus competencias.

La novedad es que no estamos en una economía mundial sino global en la que se aminora o desaparece la función de los Estados como aliados y controladores de sus empresas nacionales. Porque la característica principal de la globalización capitalista es que los nuevos sujetos protagonistas son las empresas transnacionales. Y aunque persisten empresas nacionales y regionales, los grandes nombres abarcan todo el mundo sin apenas referencia al origen y asiento del capital. Los flujos financieros se internacionalizan y pierden la referencia geográfica. Hay capitales y Bolsas nacionales pero cada vez más las Bolsas se homogeneizan y se asocian. Las empresas multinacionales, especialmente las financieras, se encuentran cómodas con los organismos internacionales nacidos para regular los desequilibrios pero que pronto subordinaron su política a las conveniencias de los nuevos grandes actores económicos. El Fondo Monetario, el Banco Mundial y, sobre todo, el Tratado de Comercio Mundial sirven de cobertura y garantía de su dominio eminente y castigan a los países que no se acomodan a él.

Paralelamente nace una nueva situación laboral, también de dimensiones internacionales que se caracteriza por su flexibilidad y en la que aumentan la subcontratación y la temporalización de los contratos sin que los Estados nacionales puedan reaccionar frente a esa modificación del contrato de trabajo. Cuando un Estado trata de defender a los trabajadores nacionales, las empresas exhiben las directrices del WTO o, simplemente, abandonan el país.

Emerge una nueva clase social, la transnacional, una nueva burguesía tenedora del capital que ya no es nacional sino internacional y que apenas tiene otras lealtades que su propia reproducción. Y de la misma manera que hay iconos comerciales internacionales populares, CocaCola, Nike, se desarrollan nuevos estilos de alta sociedad, con marcas selectas y nuevos modos de dominar y de vivir de la nueva clase opulenta, cuyo patriotismo ya no tiene una sede territorial. Ya Adam Smith decía en 1776 que “Un comerciante no es necesariamente un ciudadano de un país en particular. Le es en cierto sentido indiferente desde donde hace sus negocios y las conveniencias le llevarán a mover su capital de un país a otro”(La riqueza de las naciones). Más de dos siglos después Ala Zeien, presidente de Gillette, da un paso adelante: “Las multinacionales son empresas globales que ven al mundo como un todo. Vendemos el mismo producto, usamos la misma estrategia e incluso los mismos anuncios en todos los países”. Las nuevas clases transnacionales no tienen lealtades patrióticas, se encuentran cómodas en su condición cosmopolita y se consideran por encima de las reglas de los Estados nacionales.

Esta clase opulenta, estas empresas transnacionales tienen sus propias miserias y bajezas, tipificadas en el caso Enrón, donde unos cuantos dueños escasamente vigilados ni por sus accionistas ni por los reguladores, estafan a sus empleados, se apropian de sus fondos de pensiones, transfieren el botín a paraísos fiscales y eluden la acción de una justicia nacional escasamente capaz de afrontar las nuevas dimensiones del delito global. Los delincuentes multinacionales, protagonistas de las redes de narcotráfico, prostitución, armas, las mafias tradicionales del delito, se encuentran ahora en compañía de las multinacionales de la globalización, disfrutando conjuntamente los beneficios de la lenidad y la impotencia de las instituciones internacionales.

Porque ésta es la cuestión. Mientras la globalización económica se perfecciona, la globalización política se debilita y su síntoma es el desprestigio de las Naciones Unidas.

Las Naciones Unidas, una institución creada por los vencedores de la Segunda Guerra Mundial y en su beneficio, ha mantenido unas funciones

arbitrales y asistenciales hasta que, con la caída de la Unión Soviética, el gobierno norteamericano ha decidido ignorarla. Poseído de su nuevo papel imperial y escasamente interesado en verse controlado, el Gobierno norteamericano ha marginado a las Naciones Unidas y sus Agencias, ha incumplido sus obligaciones de asistencia económica y ha terminado de humillarla con su declaración unilateral de invadir Irak sin el consenso requerido por la Carta.

La actitud de los Estados Unidos tiene un efecto reflejo en cuanto que los delincuentes internacionales, tantas veces multinacionales americanas, se consideran también autorizados para proseguir sus tropelías favorecidas por la progresiva falta de musculatura de los organismos internacionales para hacer cumplir los tratados internacionales existentes. La lista de infracciones a la legalidad internacional que Naciones Unidas no puede castigar es paralela al crecimiento y prepotencia de sus protagonistas pues si el Imperio se permite negar validez a la Corte Internacional de Justicia, a los Tratados ecológicos, a los acuerdos de protección a la infancia, con la misma razón e impunidad las multinacionales y las mafias se sienten capaces de imitarle.

Como explica Karl Polanyi en su clásico estudio, *The great Transformation* (Beacon, 1944), los Estados asumieron la responsabilidad de controlar las fuerzas irresponsables del mercado tras la Gran Depresión y crearon el Estado bienestar y los sistemas regulatorios. Fue la filosofía de Keynes aplicada principalmente en el New Deal de Roosevelt, como fórmula de supervivencia de un capitalismo que se había enredado en su propia e inevitable esquizofrenia. Pero ahora no existen entidades públicas internacionales que encaucen la globalización capitalista cuyos protagonistas se han blindado contra las reglas internacionales y procuran, desde la plataforma benigna del nuevo Imperio, impedir la regulación y la inspección de sus actividades.

Los desastres de las empresas dot.com, las crisis financieras de México, Brasil, Argentina, el Sudeste asiático son fruto de la desregulación que, al igual que destroza las relaciones laborales e impide la responsabilidad de los dueños de las empresas en el terreno económico, deslegitima a los gobiernos y a las instituciones internacionales para remediar y prevenir futuras catástrofes que, esta vez, llevan consigo un deterioro no sólo del habitat económico sino también del físico. La globalización, nos dicen sus defensores, es un beneficio para el consumidor, bien pero su desarrollo consiste en la disminución de los consumos y el aumento de las desigualdades hasta un punto que las estadísticas oficiales documentan con

el aumento del desempleo y del número de personas que viven por debajo de los índices de pobreza hasta en los países ricos.

Pero por mucho que los estudiosos avisen de las catástrofes fruto de la desregulación, sus protagonistas la defienden en nombre de la libertad de mercado. Thomas Frank, en su libro citado, pone el dedo en la llaga respecto a ese capitalismo extremo que él llama populismo de mercado y que conduce al fin de la democracia económica. Los nuevos gurus de la libertad de mercado, dice Frank, están creando una fe sustitutiva de la razón, predicada por gentes que se niegan a discutir los argumentos en beneficio de una subordinación a un credo más propio de los miembros de un culto, de una secta. Cuando el fracaso de la receta neoliberal en América latina ha desmontado el consenso de Washington y está produciendo el regreso de líderes y caudillos elegidos por pueblos desesperados por su situación, los nuevos gurus predicán más de lo mismo y piden más paciencia para que sus fórmulas fructifiquen. Unas formulas que no incluyen la reconstitución del tejido civil y político que permita el ejercicio de la condición ciudadana universal frente a las aberraciones y las prepotencias de las nuevas elites internacionales. Cuando se reconstituyó el capitalismo merced al Estado bienestar, los trabajadores participaron en el pacto, influyeron en él no solamente a través de los Sindicatos sino como ciudadanos participantes en las elecciones democráticas que llevaron al poder a gobiernos socialdemócratas. Hoy los trabajadores no tienen modo de defender sus intereses, de influir políticamente en la globalización económica. La vieja invitación de Marx: “Proletarios del mundo, uníos”, no tiene cauces, más bien ha sido asumida por la nueva clase transnacional. Quien se lo iba a decir.

Un nuevo capítulo de la deontología sociológica se abre paso, la defensa de los bienes comunes, de los bienes colectivos. Las multinacionales se esfuerzan, por una parte, en privatizar los bienes públicos de los países menos fuertes gracias a la protección del WTO y, por otra, en desafiar la obligada acción de los Estados en la protección de los bienes públicos. Temas como el agua, el aire, los servicios públicos son cada vez más objeto de apropiación comercial, de incorporación al mercado sin que su carácter de bienes comunes permita a las autoridades locales proteger la calidad de vida de sus ciudadanos.

Por consiguiente, nuestra imaginación, nuestra deontología han de ser hoy globales.

Alberto Moncada, Presidente de Sociólogos sin fronteras
www.amoncada.com